
DECISIONISMO Y PSICOHISTORIA

FRANCISCO PÉREZ FERNÁNDEZ
Departamento de
Psicología y Educación
Universidad Camilo José Cela

e-mail: fperez@ucjc.edu

RESUMEN

La aparición del psiquismo humano dentro del espacio antropológico, planteado tradicionalmente como un proceso inherente al desarrollo de la idea de persona, resulta una apuesta ciertamente problemática si hemos de considerarla, por la misma dinámica de los términos en que se plantea, como fruto a su vez de una dialéctica histórica. Y ello porque el sostenimiento de cualquier tipo de dialéctica o proceso motor del acontecer histórico se presenta siempre en la forma de un mecanismo cuyo movimiento es difícilmente justificable. En este trabajo se pretende plantear un nuevo enfoque, cimentado en una óptica decisionista del decurso histórico, que sirva de marco para una explicación del problema arriba explicitado.

PALABRAS CLAVE

psicohistoria, decisionismo, filosofía, psiquismo humano, espacio operatorio, espacio antropológico, arqueología, paleoantropología.

ABSTRACT

The appearance of human psyche within the anthropological space, which has traditionally been formulated as an inherent process of the development of the concept of person, turns out to be a problematic bet, if we have to consider it, due to the way it is raised, as a result of a historical dialectic. This is so because the support of any type of dialectic or dynamic process of historical events is always shown as a mechanism with a movement which is difficult to justify. This paper aims to suggest a new approach based on a decisionist optic of the course of history, which can be used as a frame for an explanation of the problem suggested above.

KEY WORDS

psychohistory, decisionism, philosophy, operating space, anthropological space, archaeology, palaeoanthropology.

NOTAS SOBRE EL SOSTENIMIENTO DE UNA DIALÉCTICA HISTÓRICA

Primeramente, a la hora de abordar cualquier tipo de dialéctica o proceso motor del curso histórico –sea del tipo que sea– se presentan dificultades inherentes al *tempo* de la historia misma, esto es, al *kairós*. Dicho en otros términos: lo que a una dialéctica que se precie debe interesarle no es una explicación cronológica de la historia –cosa que ya hace la propia investigación histórica– sino una explicación material del devenir histórico mismo que dé cuenta, precisamente, de la lógica cronológica que ocupa al historiador. Justamente, la consecución de una tal explicación es lo que compete a la filosofía de la historia. Sin embargo, es notorio que hasta la fecha aún no hemos encontrado una dialéctica que sepa atrapar el *kairós* y, por tanto, carecemos de una explicación dialéctica fiable que pueda entrar en correspondencia con la cronología fáctica de los sucesos históricos.

Marx, San Agustín, Vico, Hegel o Voltaire, por citar reconocidos autores de explicaciones dialécticas relevantes, proponen mecanismos capaces de mover una cierta materia de la que, supuestamente, se compondría la historia (véase, p. ej. Ferrater, 1988). Pero debemos entender en todas esas propuestas un intento simplificador del propio devenir histórico al no contarse con el factor temporal del mismo. Es por ello que, a la postre, toda explicación dialéctica de la historia cae en un círculo vicioso: Siempre que se da A, se genera un proceso establecido que lleva a B, independientemente del tiempo que tarde A en producirse y, claro está, con total independencia del tiempo que realmente halla tardado en alcanzarse B. De esta manera tenemos un artificio lógico que explica los procesos históricos sean cuales fueren, pero que en ningún caso aporta lo que se busca, a saber, una explicación dinámica de la historia misma. En suma: la explicación de la historia termina aniquilando la materia misma de la historia pues cada proceso requiere su tiempo y el mismo tiempo no es intercambiable entre los diferentes procesos.

En un segundo lugar, aunque no por ello ha de concedérsele menor importancia a la objeción, los intentos de explicación dialéctica de la historia otorgan fundamento al proceso histórico al partir, en todo caso, de un

supuesto invariable que puede o podría ser encontrado con cierta regularidad dentro de la facticidad histórica misma, pero ignoran, o sencillamente obvian, las condiciones bajo las cuales el proceso es posible. Por seguir con nuestro ejemplo anterior: la explicación dialéctica busca el punto en el que se ha dado A y a partir de ahí pone en marcha sus mecanismos lógicos para explicar la consecución de B. El problema es que en ningún caso explica por qué aparece A o, de otro modo, las condiciones de posibilidad de A. Es en un intento de solucionar este problema que se pretende contar con el *kairós* histórico pero, al haber sido previamente obviado, el constructo teórico total o totalizador se nos presenta siempre bien como la sucesión de un conjunto de nichos o cajones de la historia que se suceden, bien como una línea que sube y baja –o se rompe y recompone en rupturas y reajustes– en una progresión hacia el futuro. Y aunque se quiera ver en esta solución un arreglo de conveniencia, el problema fundamental, las condiciones de posibilidad que llevan al suceso A, sigue en la oscuridad.

La cuestión es, entonces, ¿para qué una explicación dialéctica de la historia? Debemos suponer que la necesidad de semejantes constructos lógicos es un prejuicio adquirido o extrapolado de la propia explicación física del mundo. Preconcepción que, por lo demás, ha venido dando sentido a explicaciones metafísicas de todas y cada una de las cosas desde la antigüedad.

Cuando los griegos comenzaron a acercarse a la *physis* descubrieron una inmensa complejidad de fenómenos que precisaban de una explicación razonable, ajena a los supuestos sobrenaturales del mito que, obviamente, no podían satisfacer nunca la sed de conocimiento. Y es notorio que en ese preciso momento surgió la idea de que tras cada uno de los fenómenos observables debía existir un mecanismo. Es cierto que ese prejuicio ha sido muy útil a la ciencia y, de hecho, toda ciencia no es otra cosa que una pretendida explicación de ciertos mecanismos naturales que se elabora bajo unos parámetros y métodos –en función de tal parametrización y metodología se determinará precisamente la validez de esa ciencia o, de otro modo, hasta qué punto es ciencia. Sin embargo, el supuesto útil a la ciencia resulta evidentemente baldío fuera de ella al transformarse en

metafísica. Y ello porque las conceptualizaciones de índole mecánica –e incluso organicista– caben bajo los fenómenos del mundo natural pero sólo bajo ellos.

Lo que se quiere decir es que aquello que hace de la ciencia precisamente ciencia –y de la técnica precisamente técnica– se convierte en prejuicio fuera de ella. Porque es lícito suponer que lo que mueve las manecillas del reloj no es la esfera, el cristal o la correa que lo ata a la muñeca sino lo que hay bajo todo ello, es decir, el mecanismo oculto bajo la apariencia externa. Este tipo de analogías, sin embargo, no puede ser extrapolada al estudio de los acontecimientos humanos. Los hombres nunca están *sometidos a* sino que *están en* el curso histórico y, obviamente, no actúan en él a través de automatismos ajenos sino mediante sus propias condiciones fácticas tanto orgánicas como ambientales. Lo que llamamos habitualmente *historia* es, sin duda alguna, un proceso que no depende de otros subprocesos o motores exteriores a los propios actores humanos y, por ello, digámoslo de una vez, está sometida a sus decisiones: la única materia de la historia es la decisión y un ser histórico es *un ser que decide*.

Se puede objetar ahora, con toda justicia, que las decisiones de los sujetos se mueven en un margen que es el impuesto por las decisiones de los demás y por ahí se abre la puerta a una vivencia conflictiva de la historia y, por ende, a un motor de la misma. En efecto, ese punto de vista es incuestionable siempre y cuando, como contrapartida, se acepten dos salvedades al mismo:

1. Las decisiones de *los otros* no son, tomadas en su conjunto, mecanismos que puedan ser leídos a efectos de entidad sobrehumana y metafísica que abran la puerta a una dialéctica de la historia –no hablamos de un *volkgeist* al estilo hegeliano– sino, en todo caso, motores que empujan al individuo a seguir decidiendo sobre sus actuaciones. Eso significa que tanto puede pesar en la historia la decisión de una colectividad como la decisión de un sólo individuo y que, evidentemente, el *kairós* depende precisamente de esto: de que los individuos deciden.

2. Que en la propuesta no se pretenden argüir supuestos existencialistas o propuestas de tipo orteguiano basadas en lo circunstancial porque, es lógico, los sujetos históricos –que no objetos– siempre han decidido en virtud de que, simple y llanamente, tienen la capacidad de decidir y es esa capacidad lo que distancia al hombre de la naturaleza y del resto de los seres de la escala biológica. El contenido, y en él no entramos, de esas decisiones es lo que siempre podrá leerse a través de lo circunstancial o lo existencial.

Existiría, por demás, otra objeción lícita a la propuesta que se pretende aquí: que convierte al acontecer histórico o, por mejor decir, a la facticidad de la historia en un brutal y asfixiante decisionismo. Pero se hace complicado entender en qué sentido semejante idea, que en todo caso sólo podría ser tomada como una opinión de índole estética, podría suponer una crítica formal y decisiva al argumento. Las reflexiones posteriores nos permitirán plantear la cuestión y sus consecuencias de un modo más preciso.

ESPACIO ANTROPOLÓGICO Y ESPACIO OPERATORIO

Desde nuestra consideración de la historia como un campo abierto a la decisión humana y frente la teoría propuesta por otros autores (Bueno, 1992; Fuentes, 1995), el espacio antropológico quedaría inaugurado incluso antes del momento en el que el registro fósil, a través de sus objetos, permite explicitar materialmente la existencia de una capacidad de decisión. Obviamente, la intuición de tal existencia parece difícil a través de las huellas materiales que nos otorga el registro paleontológico, y no así cuando se presta atención a los hallazgos de la arqueología. De hecho, la existencia de los primeros objetos manufacturados delata la aparición de una *capacidad de decisión* en el sentido de que, al menos, mueven a la suposición de otras dos decisiones elementales: la de solucionar un problema previamente planteado y la de utilizar los materiales que el medio entorno proporciona en el curso de dicha solución. Pero, bajo nuestro punto de vista, el registro arqueológico marca, precisamente, la apari-

ción del *espacio operatorio* humano y puede decirse que el binomio *problema-decisión* es el margen desde el que es posible la apertura del espacio antropológico. Esto queda claro cuando, como hace Rensch (1985), se presta atención a la filogénesis de la mente humana: no es el uso de herramientas como tales lo que diferencia al hombre de otros animales cercanos en el registro evolutivo pues estos también readaptan elementos del medio para su uso en circunstancias concretas, como ya mostraron los experimentos de Köhler (1997). La diferencia esencial reside en el empleo de un lenguaje con palabras.

Tiene sentido plantear, como se ha hecho tradicionalmente, el fenómeno de la caza como primer gran problema al que el género *homo* debió enfrentarse, más aún si tenemos presente que los objetos del registro arqueológico fósil más antiguos son, básicamente, artilugios de caza. Pero no podemos confiar en la caza como panacea explicativa del proceso de organización social pese a que resulte un indudable, y necesario, presupuesto desde el que es posible constituir las bases de un dominio racional del medio. En realidad, la organización social debía ser algo ya en cierto modo preexistente y el hecho de la actividad cinegética sólo pudo ser el acicate para que dicha organización alcanzara el estatus de *humana*. Sabido es que muchas especies animales cazan organizadamente, lo cual delata ya la existencia de una indiscutible estratificación social del grupo y el manejo de un lenguaje primario (p. ej. Seyfarth y Cheney, 1993, Arsuaga, 1999). Desde un planteamiento más sencillo puede decirse que la cuestión que nos interesa desvelar es, en suma, la del hecho humano primigenio: ¿qué llevó a los antropoides hacia la humanidad?

Gordon Childe (1954) plantea con bastante profusión de detalles un hecho: el hombre aparece en el pleistoceno tardío con una evidente colección de carencias físicas que, en condiciones evolutivas normales, deberían haberle colocado en el punto de mira de la selección natural. Sin embargo, en virtud de otro tipo de *pequeñas* ventajas como la posesión del pulgar oponible o la visión estereoscópica sobrevivió y, más todavía, no sólo no fue víctima sino que se transformó en depredador. Ello debe hacernos suponer que su ciclo trófico –puesto que en estadios evolutivos anteriores

el registro mandibular fósil revela un obvio origen vegetariano y, más concretamente, una función molturadora– hubo de transformarse porque, en algún momento, el hombre *decidió ponerse a cazar*. Analicemos los elementos del acto decisivo.

Difícilmente, un ser con un poderío físico precario como el hombre podría acabar con un mamut o un oso cavernario utilizando sus propias manos, de manera que es complicado –y difícilmente sostenible– plantear el hecho de la caza como fenómeno generador de ese cambio en las costumbres alimentarias. Más apropiado resulta pensar, y con ello nos sumáramos a la hipótesis como las de Lovejoy (1980), Johanson y Edey (1982) que dicho cambio se produjo de forma meramente accidental en virtud de unas condiciones del medio entorno adversas que se encuentran en estrecha relación con la aparición del bipedestalismo. Los primeros antropoides que toman la sabana no llegan a ella siendo cuadrúmanos para luego levantar su vista por encima de las hierbas altas. Ese proceso no hubiera resultado eficaz evolutivamente hablando por una larga serie de razones cuyo análisis detallado nos excedería en este momento (véase, Arsuaga y Martínez, 1998).

Los primates alcanzaron un gran éxito adaptándose a la vida arborícola y, de hecho, la mayoría de ellos renunciaron totalmente a correr y cambiaron su dieta. Por otro lado, alcanzaron la visión binocular pues era la única manera eficaz de manejarse con soltura en un entorno especialmente tridimensional como el de las copas de los árboles. Sólo los monos, aún manteniendo la mano y el pie de primate, conservaron un espinazo lo suficientemente largo como para mantener su adaptación a la carrera. Ello quiere decir que el común de los monos no son antropoides por la sencilla razón de que conservaron el cuadrupedismo y *prefirieron* desplazarse sobre las ramas y continuar descendiendo al suelo en lugar de adaptarse exclusivamente al balanceo. La mayoría de los antropoides poseen un espinazo más corto y unos largos brazos, lo cual los convierte en expertos braquiadores cuyos cuerpos recuerdan a un péndulo. Sólo el gorila ha vuelto casi por completo al suelo, pero renunciando a la carrera en favor de una fuerza y un tamaño colosales, mientras que el chimpancé, también cua-

drúmano, se adapta fácilmente a ambos tipos de hábitat. Lo importante en este caso es darse cuenta de que los antropoides son, potencialmente, animales erguidos y de que precisamente eso les permite tener cerebros de buen tamaño. Pero todo esto, que comúnmente se arguye como una explicación definitiva, no justifica por sí sólo la evolución hacia el bipedestatismo. Hay otro factor crucial: el sexo.

Para que un individuo de cualquier especie pueda reproducirse, antes tiene que alimentarse y, en suma, sobrevivir. Ello hace que sea imposible entender la adaptación locomotriz de cualquier especie sin antes entender su estrategia sexual. Sexualmente hay dos tipos extremos de reproducción que se conocen como estrategia *r* y estrategia *K*, respectivamente. El primero consiste, simplemente, en poner una elevada cantidad de huevos depositando a posteriori muy poca energía en cada uno de ellos. El segundo tipo opta por lo contrario, es decir, muy pocos huevos pero invirtiendo en ellos una gran cantidad de energía. Entre ambos cabe una infinita cantidad de repartos proporcionales. Que una especie se reproduzca más en función de *K* o más en función de *r* depende exclusivamente de la capacidad que esa especie tiene de atender a la prole y, por ello, los mamíferos se acercan más a *K*. De hecho, el caso más extremo de estrategia reproductora *K* en el mundo natural es el del gorila, que sólo puede criar cada cinco años.

La eficacia de la estrategia *K* es incuestionable pero posee evidentes limitaciones si pensamos que los elementos pueden hacer a una mamá gorila, después de invertir cinco años de cuidados en su hijo, perder el tiempo. Sin duda, esa es una pérdida mucho más valiosa que la que pueda sufrir una rana al perder un huevo, teniendo en cuenta que pone doscientos por año. La estrategia *K* hace la infancia más larga y es propia de seres más inteligentes, pero convierte a las crías en individuos más vulnerables y sometidos a graves riesgos. La cuestión, tal y como Lovejoy (1980) la plantea, surge de preguntarse, primero, por qué tender al bipedismo y abandonar la capacidad de correr si es evolutivamente ineficaz y, segundo, por qué tender demasiado a *K* si es obviamente peligroso. Tomadas en conjunto, ambas dificultades descubrimos que son

plenamente posibles si el organismo que así obra adopta, junto a éstas, otras adaptaciones útiles.

Veamos: una intensificación de los cuidados parentales exige que las madres sean más inteligentes. Sus cerebros deben crecer y deben parir a hijos con cerebros bien dotados y capaces de aprender. El problema es que parir a un hijo con semejantes cualidades exige por parte de la madre un gran esfuerzo que, obviamente, conduce a una reducción del posible número de hijos que una hembra puede alumbrar a lo largo de su vida fértil. Eso se convierte en un principio de retroalimentación: si hay que tener menos hijos hay que tener un buen cerebro para cuidar mejor de ellos. En este punto entran en juego otros factores que ayudan a que ese cerebro crezca y mejore sus aptitudes: la niñez prolongada mejora la capacidad intelectual de los organismos y es precisa porque hay que darle al sujeto el suficiente tiempo como para que aprenda a manejar la cabeza y, con ello, pueda enfrentarse mejor al mundo en estado adulto. Ello conlleva la existencia de compañeros de juego –luego un grupo– y, claro está, una dinámica social que debe aprenderse también para no ser excluido o sufrir el castigo de los quienes ocupan un lugar más elevado en la estratificación social. En definitiva, la inteligencia impone a la especie la necesidad de todo un circuito multipolar de retroalimentación.

Todo ello significa que la estrategia K exige una gran especialización y ni siquiera ésta llega a ser suficiente si el individuo no aprende a convivir con los demás. No se trata con esto de indicar que una estrategia reproductora u otra generan más o menos inteligencia, pero sí que se relaciona estrechamente con ella. Ahora bien, ¿cómo entra todo esto en relación con el bipedismo? Sencillamente a través de *Lucy*, el ejemplar de homínido encontrado por Johanson y su equipo en Afar.

Es indudable que una especie sometida enteramente al rigor de la estrategia K tiende inevitablemente hacia su extinción –y, muy probablemente los gorilas terminarían por extinguirse a causa de ese sometimiento si no se les protegiera rigurosamente. La única solución posible al problema es desprenderse en cierta medida del rigor reproductivo y reconducir

la situación a términos más aceptables. No hay solución de retorno posible, es decir, no se puede regresar al cuadrupedismo y obtener con ello la consiguiente reducción en el tamaño cerebral puesto que la especie se encuentra en el circuito de retroalimentación y todo parece empujarla en el sentido contrario. La única solución viable es el bipedestalismo. Y la explicación es sencilla: para superar la baja tasa de natalidad es necesario que los hijos se superpongan más en el tiempo o, de otro modo, que la madre sea capaz de hacerse cargo de más de un hijo e, incluso, de más de dos. Eso sólo es posible si la madre ha de moverse menos con el fin de ahorrar energía y trasladar a los hijos lo menos posible, restringiendo su acción a un territorio más reducido pero íntimamente conocido. El sedentarismo facilita una mayor reproducción porque la madre puede encargarse de cuidar a un nuevo retoño sabiendo que el otro, sin ser adulto, goza de la protección de un grupo más cohesionado y es capaz, en cierta medida, de cuidar de sí mismo –como un niño que juega en la calle.

Inevitablemente se nos presenta el problema de la falta de alimentos. La madre, encargada de una prole más numerosa y con menor movilidad, no puede ir a por la suficiente comida. Pero aquí entra en juego el padre y esto sólo es posible si el nivel de cooperación grupal alcanza cotas elevadas. Imposible –se puede objetar– el macho no puede marcharse dejando a la hembra expuesta a los deseos del resto de los machos del grupo. Se daría una fuente de continuas disputas lo cual haría disminuir la cooperación. Entre gorilas y mandriles, por ejemplo, esto se soluciona imponiendo una fuerte jerarquía de dominancia masculina. Pero la competencia sexual puede reducirse, simplemente, con el desarrollo de un sistema de consolidación de la pareja, es decir, asegurando a cada macho un habitáculo específicamente suyo que asegure la supervivencia de su progenie. Algo así se obtiene si se rompe con el sistema de apareamiento abierto eliminando las señales visuales y olfativas que excitan a los machos y se individualizan las respuestas sexuales: las hembras ya no son atractivas para todos los machos sino, tan sólo, para uno o dos a lo sumo.

Todo esto favorece el hecho de caminar erguido en el sentido de que ya no hay que correr mucho sino hacer otras cosas que ganan valor de

supervivencia: trasladar mayor cantidad de comida, transportar a unos hijos que se hacen bípedos y pierden capacidad de sujeción a la madre... estableciéndose, de nuevo, un circuito de retroalimentación. Llegados a este punto, ir hacia la sabana fue ya cuestión de tiempo para nuestros primeros antepasados. Las extensiones selváticas, entre el Mioceno y el Pleistoceno, empezaron a reducirse hasta que el cambio de hábitat se impuso de forma necesaria (deMenocal, 1995).

El consumo creciente de animales muertos, en compaginación con la alimentación vegetal, hubieron de suponer los necesarios cambios en el ciclo trófico que decidieran a los primeros homínidos a lanzarse a la caza como complemento de la dieta frutícola y, por supuesto, los que le otorgaron su capacitación omnívora. Ahora bien, es fácil suponer que las primeras experiencias de caza no debieron ser muy productivas. Apenas pequeños animales con los que difícilmente podría sostenerse el grupo y que, con la prolongación de los periodos de carestía, habían de hacer la supervivencia todavía muy precaria. Ello condujo a una primera gran decisión: la caza de grandes animales y, claro está, en grupo de forma que el número empleado hábilmente pudiera suponer el imprescindible equilibrio de fuerzas. Pero una caza sin utensilios en la que el éxito era complicado y sólo accesible en virtud de una estrategia previamente delineada, de cara a facilitar que el animal en cuestión se matara a sí mismo –quizá despeñándose–, o bien cayera en alguna trampa natural en la que posteriormente pudiera ser muerto a pedradas, lo cual supone una primera utilización de los factores ecológicos en el propio beneficio y un primer viso de configuración de un espacio operatorio. Experiencias de caza que, en suma, debían causar gran cantidad de bajas pero que, sin embargo, muy pronto tuvieron que constituirse en el eje central de la vida y cuyo perfeccionamiento llevó a la construcción de las primeras armas. Construcción que sólo pudo ser posible en virtud de la eficaz compaginación existente entre el tamaño inusualmente grande de un cerebro que no emplea la mayor parte de su masa en la gestión de las funciones vitales, la visión estereoscópica y la mano con un pulgar oponible: una herramienta tan perfecta como la mano humana sólo es útil si se tienen los ojos delante de la

cara, sin ángulos de visión oscuros y, por supuesto, sin que el cerebro deba fundir dos imágenes diferentes. Cada ojo percibe lo mismo de manera que al cerebro le es posible elaborar una imagen eficaz de la tridimensionalidad espacial.

El establecimiento de estos circuitos de retroalimentación devino en un favorecimiento por parte de la selección natural de las modificaciones orgánicas y conductuales que se hacían precisas a fin de sostenerlos. Se propició así que fueran surgiendo paulatinamente, «con la formación de la zona motora del lenguaje y el pensamiento abstracto expresado en palabras, el nivel mental del hombre cultural, cuyos actos empezaron a estar cada vez menos sujetos a la influencia de sensaciones y más de representaciones. La reflexión 'experimental' de posibles actos antes de su realización, el 'juego de los motivos' se fue haciendo cada vez más complicado y cada vez mayor la 'libertad de decisión'». (Rensch, 1985, p. 111).

El espacio antropológico aparece, como es de suponer, alrededor de la primaria organización de la caza. Lo que los utensilios ya perfeccionados y propiamente humanos denotan es, en principio, que el ser humano ha decidido finalmente beneficiarse de los materiales del medio –y no sólo de las ventajas ocasionales del entorno– para solucionar su primer problema serio. Se ha abierto paso a la gestión racional y organizada objetos y, por supuesto, se colocan las primeras piedras de una organización social plenamente humana. El espacio operatorio como tal queda así abierto de par en par. La sociedad incipiente, la horda, ya no se estructura sobre una sencilla ley de la fuerza o del sexo puesto que, aparte de eso, han aparecido otro tipo de factores generados en torno a una actividad totalmente organizada, más aún, totalmente *operativizada*: el valor, la eficacia e incluso la habilidad en la construcción de ciertos instrumentos.

También aquí entran en juego otras características orgánicas como, obviamente, la disposición bucofaríngea que permite emitir sonidos modulados y la dinámica sexual del grupo. La primera caza, incluso antes de que entrara en juego el factor instrumental, no hubiera sido posible sin la intervención de esos sonidos y es obvio que las primeras palabras articuladas,

el primer diccionario humano, hubo de estar constituido en su mayor parte por palabras relacionadas con las actividades cinegéticas u otras que entraran en directa relación con ellas. Ese diccionario se vería pronto enriquecido con la entrada en escena de las primeras estructuras sociales, especialmente las relaciones familiares, de parentesco, los ritos funerarios y el sentimiento de clan unido frente a otros clanes.

Con la caza se plantea la apertura del espacio antropológico. Pero sólo con la operativización de la caza se abre el espacio operatorio desde el que es posible entender el nacimiento de la propiedad. Con la propiedad llegarán el progreso y la civilización. Y, como vamos a ver, estos también son elementos que no surgen en medio de un preestablecido devenir en función de cual las cosas pasan así porque no pueden pasar de otro modo. Recordemos nuestra tesis originaria: el hombre progresa en función de impulsos decisionistas y no por mor de ciertas fuerzas inexorables.

DEL ESPACIO OPERATORIO A LA PROPIEDAD, EL COMERCIO Y LA CIVILIZACIÓN

Hace más de cien años que uno de los pioneros de la antropología, Lewis H. Morgan (1971), indicara que antes de que el hombre pudiese alcanzar el estado civilizado debió hacer suyos todos los elementos de la civilización. Yendo más lejos, Morgan manifestaba que la idea de propiedad probablemente fuera el principal de esos elementos y, al parecer, todo indica que aquel investigador de campo tenía razón.

En la sociedad etnológica prehistórica –e incluso en las sociedades etnológicas descubiertas hasta hace relativamente poco tiempo– la idea de propiedad ocupa un papel ciertamente central (Harris, 2000). De hecho, gran parte del espacio operatorio gira en torno a ella, y debemos entender dentro de ese espacio operatorio de la propiedad incluso a determinadas personas pues, claro está, a la persona sólo cabe considerarla como parte de un tal espacio –en detrimento de su pertenencia al espacio antropológico– cuando se la objetualiza en algún sentido. Un fenómeno, por cierto, este de la objetualización o cosificación del individuo que ha adquirido

carta de validez en la propia construcción intelectual de nuestra cultura y que hoy parece haberse establecido para no marcharse jamás. Piénsese que el mito del *hombre-máquina* no ha dejado de dar mucho que hablar y ha ido yendo y viniendo a lo largo de nuestra tradición bajo las más diversas máscaras y transformaciones ideológicas; desde el ideal médico al sustrato estadístico en el que parecen basarse nuestras sociedades: el sujeto es tal porque es uno, forma parte de un conjunto y es contable. Manipulación ideológica que convierte a todo cuanto con los sujetos se relaciona en entidad supuestamente medible y que ha terminado generando en el seno de la psicología una amplia gama de actitudes psicométricas.

Volviendo sobre la cuestión de la propiedad privada, es lógico suponer que, tal y como apuntábamos respecto de los artefactos de caza, se encontraba, en el ámbito de lo personal, intrínsecamente ligada a los útiles que de una u otra manera intervenían en el proceso que aseguraba la subsistencia. Tampoco podemos olvidar que esa idea de propiedad era extensiva al marco reproductivo de modo que la estabilidad de la pareja quedaba tácitamente asegurada. Es por ello que, tal y como Morgan apunta, el desarrollo ulterior del concepto ha ido siempre ligado a los avances técnicos, de un lado, y al desenvolvimiento de las instituciones sociales de otro. De esto se deduce, asimismo, que la primera propiedad asumida conjuntamente –de forma comunal– por la horda cazadora hubo de ser el territorio de caza. Esa tesis comunitarista debió perdurar largo tiempo y extenderse a lo largo del neolítico asumiéndose que las tierras de labranza y sus frutos eran propiedad del grupo, y ello, aún habiéndose aceptado la institución familiar. En efecto, el paso de la caverna a la choza viene inducido por la constitución de las familias nucleares y el afianzamiento de los parentescos. Un paso, por cierto, facilitado por el sedentarismo que impone el proceso de labranza y la domesticación de animales.

No están muy claras las condiciones –que debieron ser de índole bio-geográfica– que permiten que eso suceda antes que en ningún otro sitio en las riberas del Tigris y el Eufrates, del mismo modo que tampoco existe demasiada luz sobre las condiciones que permiten allí, y en el Nilo, el amanecer de la historia y las primeras civilizaciones. De hecho, la arqueología

encuentra que, casi sin solución de continuidad, se pasa del neolítico al Código de Hammurabi en Oriente Medio. Sin embargo, el proceso aparece con posterioridad pero mucha más definición en Turquía y las islas griegas. Y, por supuesto, ese proceso se debe a multiplicidad de causas que confluyen principalmente en los asuntos territoriales y la propiedad de los medios de producción.

Arthur Cotterell (1986), siguiendo muy de cerca el pulso de esa evolución socio-económica que va desde la horda cazadora-recolectora a la escritura, indica que las primeras aldeas aparecen en el sureste de Europa hacia el año 6.000 a.C., incluso antes de que aparezcan las primeras piezas de alfarería. Concretamente, el poblado más antiguo que se ha podido localizar y datar tras intensas excavaciones en toda la zona es el llamado *Nea Nicomedia*. Dicho lugar, apenas unas cuantas chozas reunidas alrededor de un pequeño espacio central, se encuentra a unos 50 kilómetros al oeste de Salónica y fue datado por radiocarbono en el 6.200 a. C. Es de suponer –y así lo avala el registro arqueológico– que mientras esta pequeña población era fundada, en el resto del continente continuaba la vida de horda y caza. No obstante –y viene el contraejemplo que ni siquiera los arqueólogos y prehistoriadores se explican hoy– la primera ciudad como tal que ha podido encontrarse, incluso antes de la fecha de nacimiento atribuida a las dos primeras grandes civilizaciones, es el poblamiento turco de Çatal Hüyük, datado en el 6.250 a. C. A este hemos de sumar el cercano de Hacilar.

Dicho así, podría parecer que Çatal Hüyük no era otra cosa que una gran aldea pero nada más lejos de la realidad. Sus constructores dominaban perfectamente la alfarería y el adobe, y llegaron a erigir una auténtica y nada desdeñable ciudad que contaba con templos, monumentales esculturas y calles pavimentadas. Los restos arqueológicos de esta ciudad turca han revelado, asimismo, que sus habitantes dominaban la madera, la metalurgia y los telares, cosa que implica la existencia de una diversificación del trabajo y una organización social perfectamente estructurada. Todo ello, por cierto, con la precisión hecha de que en ese momento no existía –o no se conoce aún– una estructura comercial en la zona. Esos son los datos y, realmente, no hay forma de enlazarlos con las teorías normalmen-

te asumidas acerca del proceso civilizatorio. Ello ha motivado que Çatal Hüyük sea vista hasta el presente como un fenómeno, una rareza a la que no se presta la atención que merece por esa congénita anormalidad que impide encorsetarla en las explicaciones vigentes. De hecho, y a fin de subrayar el caso explicitado, la primera ruta comercial establecida en la zona y de la que se tiene constancia explícita en el registro arqueológico, es la que –vía marítima– se estableció entre el poblado de Sesklo (Tesalia meridional) y Melos, alrededor del año 4.800 a. C. Además, es en el yacimiento de Sesklo en el que aparece por primera vez la diversificación del trabajo, la alfarería y la existencia de una especie de casta de artesanos aunque la estratificación social no se presenta muy definida.

Muy probablemente, una explicación satisfactoria acerca de la cuestión sobre Çatal Hüyük, sería al mismo tiempo una respuesta sólida al asunto de las primeras civilizaciones y el paso hacia el proceso histórico porque, al parecer, la ciudad turca se nos aparece como un intento civilizatorio fracasado. De cualquier modo, lo que sí explica el mencionado poblamiento es que la explicación de Gordon Childe (1954), ciertamente imitada desde que fuera propuesta, no funciona para todos los casos, esto es, no es universal sino circunstancial y restringida a los acontecimientos de Mesopotamia. De hecho, podría dudarse con no poco fundamento de que esa teoría explicara fácilmente el proceso civilizatorio en Egipto. Y el problema radica, sin más, en que surge de una preconcepción: tenemos una civilización y hemos de ir hacia atrás hasta donde podamos para explicarla. Lo que falla en tal supuesto es, precisamente, que la explicación muere cuando se llega al establecimiento de las primeras rutas comerciales para, en ese momento, manejarse en un ámbito especulativo que intenta dar una razón histórica de algo que desborda ese tipo de razón porque todavía no es propiamente histórico sino encrucijada en la que convergen factores de diversa índole y procedencia.

Tenemos así hordas, de súbito aldeas neolíticas y, sin solución de continuidad, ciudades, poderes públicos, estructuras sociales bien definidas y leyes. Tenemos una propiedad comunal, una ética comunitarista y, de repente, propietarios y conflictos entre propiedades. Tenemos organis-

mos básicamente animales y por consiguiente *apsicológicos* (en el sentido de *amentales*) y, súbitamente, manifestaciones artísticas, redes culturales, tradiciones, moralidades y otros constituyentes mentales humanos *sensu stricto*. La solución a esta ingente dificultad pretende verse en la ruptura del equilibrio ecodemográfico y material pero, y nos las vemos con una dificultad teórica aún mayor, siempre cabe realizarse preguntas molestas que ponen en entredicho las respuestas simples: ¿por qué permitir la ruptura de ese equilibrio? ¿Qué llevaría a sujetos envueltos en una dinámica socio-etnológica cerrada y virtualmente eficaz a producir más de lo que necesitan para sobrevivir?

Indudablemente, queda abierta la puerta a una explicación alternativa, basada en el impulso decisionista, que sin obviar otros factores se nos aparece como la única salida a este tipo de dilemas. Ahora bien, todo esto necesitaría de mayores explicaciones que, hemos de reconocerlo, no podemos ofrecer aquí y ahora debido a la falta de investigaciones, ya históricas ya psichistóricas, que hayan arrancado desde este posicionamiento que ahora, con mayor o menor fortuna, queda planteado.

REFERENCIAS

- Arsuaga, J. L. (1999). *El collar del neandertal. En busca de los primeros pensadores* (8ª ed.). Madrid: Temas de Hoy.
- Arsuaga, J. L. y Martínez, I. (1998). *La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana* (12ª ed.). Madrid: Temas de Hoy.
- Bueno, G. (1992). *Teoría del cierre categorial*, vol. 1 (Introducción general, Siete enfoques en el estudio de la ciencia). Oviedo: Pentalfa, 1-380.
- Cotterell, A. (1986). *Los orígenes de la civilización europea*. Barcelona: Crítica.
- deMenocal, P. (1995). Plio-Pleistocene African Climate. *Science*, 270, 53-58.
- Ferrater Mora, J. (1988). *Cuatro visiones de la historia universal: San Agustín, Vico, Voltaire, Hegel*. Madrid: Alianza.

- Fuentes, J.B. (1995). Psicohistoria: los problemas psichistóricos y el laberinto de la Psicología. En *Terminología Científico-social. Aproximación Crítica*. Tomo III. Barcelona: Ed. del Hombre.
- Gordon Childe, V. (1954). *Los orígenes de la civilización* (5ª reimp.). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Harris, M. (2000). *Introducción a la Antropología General* (6ª ed.). Madrid: Alianza Universidad.
- Johanson, D. y Edey, M. (1982). *El primer antepasado del hombre* (3ª ed.). Barcelona: Planeta.
- Köhler, W. (1997). *El problema de la psicología de la forma*. Madrid: Universidad Complutense.
- Lovejoy, C.O. (1980). Hominid origins: Their role of bipedalism. *American Journal of Physical Anthropolgy*, 50, 250.
- Morgan, L.H. (1971). *La sociedad primitiva* (2ª ed.). Madrid: Ayuso.
- Rensch, B. (1985). *Homo sapiens. De animal a semidiós* (2ª ed.). Madrid: Alianza.
- Seyfarth, R. y Cheney, D. (1993). Mente y significado en los monos. *Investigación y Ciencia*, 197, 66-73.